

desde la mirada

En Roseau

Jamaica Kincaid

Quizá era inevitable que cuando ya conocía tan bien como la palma de mi mano el largo camino de la casa de mi padre a la escuela, en el pueblo vecino, hubiera de abandonarlo. Este camino, con sus ocho kilómetros de ida y sus ocho kilómetros de vuelta, nunca dejó de atemorizar a todos los niños que lo tomábamos para ir a la escuela; siempre buscábamos compañía para recorrerlo. Caminábamos siempre en grupo. Nunca fuimos más de una docena, siempre más niños que niñas. No eramos amigos -las relaciones amistosas no eran bien vistas. No debíamos confiar en ninguno de ellos. Este era un lema que nos repetían nuestros padres; y fue una constante en mi educación, como una regla de buenas costumbres: nunca confíes en esa gente, me decía mi padre quizá con las mismas palabras que los padres de los otros niños usaban para repetir el lema, quizá en ese mismo momento. El hecho de que "esa gente" fuéramos nosotros mismos, que esa insistencia en la necesidad de desconfiar de los demás -gente con nuestra apariencia, con nuestra misma historia de humillación y sufrimiento, de esclavitud y genocidio- tuviera que quedarnos totalmente clara desde niños no es ya un misterio para mí. La gente de la que hubiera sido natural que desconfiáramos estaba completamente fuera de nuestro alcance, y las pasiones que hubiera debido despertar eran mucho más fuertes que la simple desconfianza. Pero la desconfianza era sólo uno de los muchos sentimientos que alimentábamos entre nosotros, siempre opuestos al cariño, siempre ocupando su lugar. Era como si hubiera una competencia entre nosotros por un premio secreto; cualquier expresión de cariño estaba entonces prohibida: le hubiera dado una ventaja al otro. No eramos amigos. Caminábamos juntos. Nos acompañábamos porque teníamos miedo, miedo de cosas que no podíamos ver y, cuando aparecían, a menu

do no éramos capaces de comprender el peligro que encerraban. Así de confusa era nuestra realidad. No era sino cuando nos habíamos alejado del pueblo y estábamos fuera de la vista de nuestros padres que nos juntábamos.

Mi padre había heredado la palidez fantasmal de su propio padre. Esa piel que parece como si estuviera esperando a que salga otra piel, una de verdad, que la cubra. Sus ojos eran grises, como los de su padre; y su pelo era también como el de su padre, rojo y café, sólo que la textura de su cabello, grueso y muy rizado, era como la del cabello de su madre. Ella había venido de Africa. Nadie supo nunca de qué lugar de Africa -¿y de qué nos hubiera servido averiguarlo?- pero sí que venía de algún lugar de Africa, esa parte del mapa que había visto en la escuela y que es una configuración de formas y tonos de amarillo.

Nunca le conté a mi padre de aquella vez cuando, sola de regreso de la escuela, vi un mono manchado sentado en una rama y le eché tres piedras. El mono atrapó la última y me la aventó con tan buen tino que me pegó arriba del ojo izquierdo, en la ceja, que empezó a sangrar furiosamente, como si la sangre nunca fuera a dejar de salir. Quién sabe cómo, pero yo sabía que las moras de cierto arbusto detienen la hemorragia. Mi padre, cuando vió la herida, supuso que me la había causado algún compañero de la escuela - un niño, alguien a quien yo estaba protegiendo y por eso no revelaba su identidad. Fue entonces que empezó a hacer planes para mandarme a la escuela en Roseau, para alejarme de las malas influencias de los compañeros que me pegaban, a quienes yo protegía de su ira, y quienes, mi padre aseguraba, eran varones. Y después de este arrebato emocional -que era una expresión de su amor por mí, pero sólo provocó que sintiera de nueva cuenta el odio y la soledad en los que todos nosotros vivíamos- su cara volvió a ser la máscara de siempre, tan difícil de leer.

Y fue en ese camino, que llegué a conocer tan bien, donde pasé algunos de los momentos más alegres de mi vida. En una larga caminata, una tarde pude ver el reflejo de la luz del sol en la superficie del mar, y fue para mí como si una esperanza estuviera a punto de hacerse realidad, como si en cualquier momento hubiera de emerger una pequeña ciudad hecha con esa luz de sol y agua, y de ella habría de fluir un gozo inimaginable. Y conocía un lugar, a unos pasos

de este mismo camino, donde crecían las nueces más jugosas, y el jugo de esos frutos me ampollaba los labios, y hacía que sintiera mi lengua como si estuviera amarrada y no pudiera hablar, y yo encontraba todo esto -la dificultad para hablar, la posibilidad de que hablar se convirtiera para siempre en una batalla- delicioso. Y fue también en este camino cuando por primera vez pasé directamente de un clima a otro: de un frío aguacero al calor de un mediodía brillante y claro. Y fue en este camino donde mi media hermana, la hija de mi padre y su esposa -esa mujer que no era mi madre-, iba en su bicicleta para encontrarse con un hombre a quien mi padre le había prohibido ver y con quien se iba a casar, cuando tuvo el accidente. Se cayó en un precipicio y quedó baldada y estéril. Este no es un recuerdo alegre; su sufrimiento, aún ahora, está presente.

No mucho tiempo después de que me fui a vivir con ellos, cuando aún era una niña, la esposa de mi padre empezó a tener sus propios hijos. Tuvo dos, el primero un niño y la segunda una niña. Esto provocó dos situaciones predecibles: me dejó en paz y dedicó mucha más atención a su hijo que a su hija. El hecho de que ella no tuviera en muy alta estima a la persona que más se le parecía, una hija, una mujer, era tan normal que sólo habría sido notable si hubiera ocurrido al revés: para la gente como nosotros era casi una ley de la naturaleza despreciar todo lo que fuera como nosotros. Esta situación en la que se encontraba mi hermana siempre me hizo sentir por ella una pena abrumadora; ella no me quería, su madre siempre le dijo que yo era su enemiga, que no se podía confiar en mí, que era como un ladrón en la casa, siempre al acecho del momento adecuado para robarle su herencia. Mi hermana aceptaba estas ideas y sentía desconfianza y desprecio por mí; la primera vez que pudo encontrar las palabras para construir un insulto, me lo dirigió a mí. La esposa de mi padre siempre me repitió, en privado, cuando mi padre no estaba, que yo no podía ser hija de él, porque no nos parecemos -y tenía razón en que no comparto ninguna de sus características físicas. Mi hermana, por el contrario, sí se parecía a él; su pelo y sus ojos eran de los mismos colores que los suyos, rojo y gris; su piel también era del mismo color -pálido fantasmal. Pero ella no compartía con mi padre ni su calma ni su paciencia; caminaba como una guerrera y nunca pudo contener la furia que albergaba en su cuerpo. Nunca tuvo la cualidad de mi padre de

mantener para sí sus pensamientos; cada cosa que le pasaba por la cabeza tenía que ser dicha en voz alta, así que cada vez que me veía me hacía saber de inmediato todo lo que mi presencia le sugería. Nunca la odié, siempre le tuve sólo lástima; su tragedia era más grande que la mía; su madre no la amaba, pero su madre estaba viva, y todos los días veía a su madre y todos los días su madre le hacía saber que no la amaba. Mi madre estaba muerta.

Y de esta manera llegué a conocer muy bien el mundo en el que vivía. Aprendí a interpretar los largos silencios que la esposa de mi padre había construido entre nosotras. Algunas veces esos silencios no significaban nada, algunas veces estaban llenos de pura maldad; algunas veces deseaba verme muerta, otras veces mi existencia le era indiferente.

Observar a un ser humano desde la infancia, ver que esta persona empieza a existir -ver cómo la experiencia se le acumula alrededor de los ojos, alrededor de los pliegues de la boca, en el ceño, cómo aumenta la masa alrededor de su cintura, de sus pechos, cómo se reduce la velocidad de sus pasos, no con la senectud, sino con la simple cautela que nos enseña la vida-; observar todo esto es algo maravilloso, porque aparentemente esto es la vida misma, esa corriente invisible entre los dos, el observador y el observado, el que contempla y el que es contemplado, y creo que ninguna vida puede ser plena, ninguna vida puede estar completa sin la presencia de esta corriente invisible, que en muchos aspectos es una definición del amor. Nadie me observaba ni me contemplaba, yo me observaba y me contemplaba a mí misma. Esta corriente invisible salía de mí y a mí regresaba. Así que terminé amándome a mí misma como protesta, por desesperación; al no haber nada más, este amor tenía que cumplir esa función, pero eso era todo lo que podía hacer: cumplir la función. No es el mejor tipo de amor; tiene el sabor de algo que se ha dejado en la alacena durante demasiado tiempo y ya está rancio, y que, cuando finalmente se come, provoca dolor de estómago.

Cuando vi por primera vez el espeso flujo rojo de mi sangre menstrual no me sorprendí ni me asusté. Nunca había oído hablar del asunto, no lo estaba esperando, tenía sólo doce años. Pero su aparición tuvo la fuerza de un destino anunciado en mi mente juvenil, en mi cuerpo y en mi alma; era como si siempre hubiera sabido de su existencia, pero nunca lo hubiera admitido conscientemente;

como si nunca hubiera sabido cómo decirlo con palabras. Apareció aquella primera vez, tan espeso y rojo y abundante que hubiera sido imposible pensar en él como una señal o un síntoma o un símbolo; era sólo lo que era, mi flujo menstrual, y supe de inmediato que la interrupción de su aparición regular, mes con mes, sólo podría significar una gran cantidad de problemas para mí. Quizá ya sabía desde entonces que esa niña que llevaba dentro de mí nunca se dejaría aquietar tanto como para permitirme tener mis propios hijos. Le compré cuatro costales al panadero -de esos que se usan para transportar harina- y después de quitarles todos los letreros estampados mediante un largo proceso de lavado y blanqueado al sol, hice cuatro cuadrados con cada uno y los usé para detener la sangre que salía entre mis piernas.

Fue también por entonces cuando la textura y el aroma de mi cuerpo empezaron a cambiar; donde antes no había nada, debajo de mis brazos y entre mis piernas, comenzaron a aparecer gruesos vellos; se me ensancharon las caderas, mis pechos crecieron y se hincharon, primero muy poco y luego hasta que se notó un profundo espacio entre los dos; mi cabello creció y se puso suave, mis rizos se acentuaron, mis labios se extendieron en mi cara y tomaron la forma de un corazón un poquito machucado. En ese tiempo acostumbraba mirarme en un pedazo de espejo que encontré tirado en la casa de mi padre. Ver cambiar continuamente mi aspecto nunca me asustó; sólo me intrigaba qué apariencia habría de adoptar, segura de que siempre iba a gustarme la persona que regresaba mi mirada desde el espejo. También cambió el olor de mis axilas y de mi entrepierna, y este cambio me agradó: en esos lugares el olor se volvió pungente, penetrante, como si algo se estuviera fermentando; a solas, entonces como ahora, mis manos casi nunca salían de esos lugares, y cuando estaba en público, esas mismas manos no se alejaban mucho de mi nariz. Tanto así disfrutaba de mi propio olor.

A los catorce años había agotado los recursos de la pequeña escuela de Massacre, la villa situada entre Roseau y Mahaut. Para entonces sabía muchas más cosas de las que esa escuela me podía enseñar. Desde muy chica tenía la sensación de que siempre que necesitara saber algo lo sabría, y desde siempre supe que podía confiar en mi instinto acerca de las cosas -que si alguna vez me encontraba en una situación difícil, con sólo pensar en el problema durante sufi

ciente tiempo, habría de encontrar la solución. Por entonces no podía saber de las limitaciones que existen en una visión del mundo como ésa. En todo caso, mi vida era pequeña y limitada en ese entonces.

Por entonces ya había aprendido también la historia de una serie de gentes que nunca habría de conocer, y sabía que ese hecho -que nunca habría de conocerlos- no iba a impedir que supiera acerca de ellos; la cosa era que estas historias acerca de gente que no conocería -romanos, galos, sajones, bretones, los pueblos británicos- tenían detrás de sí una mala intención, que era la de hacerme sentir humillada, humilde, pequeña. Y una vez que pude identificar y aceptar esta maldad dirigida en mi contra, la convertí en una expresión fascinante de vanidad: el perfume de tu propio nombre y de tus acciones es tan intoxicante que nunca te satura; es su propia inspiración, es su propia fuente; su desaparición se debe a factores ajenos a él. Y aprendí también que nadie puede juzgarse verdaderamente a sí misma, porque describir tus propias transgresiones es perdonarte por ellas; darles voz, confesar tus malas acciones es también y al mismo tiempo perdonarte a ti misma, y silenciarlas es la única manera de castigarte.

Nunca había estado en Roseau hasta aquel día, cuando tenía catorce años, en que mi padre me llevó a la casa de un conocido suyo, Monsieur Labatte, Monsieur Jacques Labatte -Jack, como tiempo después le decía en la oscuridad agridulce de la noche. El, como mi padre, era un hombre carente de principios, y esto ni me sorprendió ni me desilusionó -no hizo que me gustara más ni que me gustara menos. Conocía a mi padre porque tenían unos negocios. El trato que se daban uno al otro era el de "amigo", pero la fragilidad en la que estaba cimentada esta amistad sólo podría causar tristeza en alguien que no sintiera amor por lo mundano y por las cosas materiales. Y de Roseau, incluso entonces -cuando la realidad de cada situación tenía que ser disfrazada y llamada de otra manera, de alguna manera que fuese lo contrario de su verdadera esencia- se decía que fuera una ciudad; era llamada "la capital", la capital de Dominica. Esta, también, tenía unos cimientos frágiles, y de vez en cuando era destruida por las fuerzas de la naturaleza, por un huracán o por el agua que caía del firmamento como si de pronto el mar estuviera arriba y los cielos estuvieran abajo. Insisto, Roseau podía no ser llamada una ciudad porque no podía corporeizar una

inspiración tan noble, no era en realidad un centro del comercio y la cultura, del intercambio de ideas entre la gente, no era un lugar para la intriga, un lugar en donde se conspirara y fueran determinados los destinos de mucha gente. Era un campamento, una estación en el camino para la gente que no las tenía muy bien consigo, tuvieran o no tuvieran la culpa; y había entonces muchos lugares como Roseau, campamentos para la desesperación; tanto para el conquistador como para el conquistado, estos lugares eran sólo capitales de la desesperación, lo cual no sorprendía a quienes tenían que vivir en semejante lugar a la fuerza; sólo sorprendía a quienes habían decidido libremente pasar ahí el resto de sus vidas.

Pero, inclusive entonces, en este lugar había cierta belleza, inesperada y por lo tanto conmovedora: belleza que podía ser vista en la manera en que se amontonaban las casas, pequeñas y torcidas, como si hubieran sido malconstruidas a propósito, pintadas en toscos matices de rojo, azul, verde o amarillo, o a veces sin ninguna pintura, y la madera desnuda y expuesta a los elementos se volvía de un gris brillante; y en casas como éstas vivía gente cuyas pieles brillaban de cansancio y cuyas caras eran tristes inclusive cuando tenían una razón para ser felices, gente para quien la historia había sido un enorme cuarto oscuro, y eso la había hecho odiar el silencio. A veces había un viento suave y a veces la quietud de los árboles, y a veces la puesta de sol y a veces el amanecer, y había un aroma dulce, enloquecedor de las lilas blancas que florecían sólo de noche, y el dulce y enloquecedor aroma de algo muerto, animal, podrido. Y esta belleza, la primera vez que la vi -siempre fragmentada, nunca toda al mismo tiempo- me hizo sentir contenta de estar viva, y no puedo explicar este sentimiento de felicidad, de contento, a la vista de lo nuevo y lo extraño, de lo que no me era familiar; y entonces, mucho tiempo después, cuando todas esas cosas se habían convertido en parte de mí, en parte de mi vida cotidiana, este sentimiento de felicidad ya no sería posible. Pero puedo anhelarlo -sentir lo nuevo otra vez, sentir la irritación de lo nuevo otra vez, sentir dentro de mí un manantial de gozo que brota desde esa irritación. Ahora añoro ese sentimiento de frescura, ese sentimiento de que nunca moriré, pero eso no es posible. Sólo puedo añorarlo; nunca volveré a ser así.

Después de que mi padre me sacó de su casa y de la presencia de su esposa, vine a entender que él sabía que era necesario hacerlo.

Nunca supe lo que habrá notado en mí. Nunca supe lo que quería de mí; en ese entonces parecía que llevarme a Roseau tenía algún propósito. Quería que continuara yendo a la escuela y que algún día me convirtiera en maestra de escuela; quería poder decir que su hija era maestra en una escuela. No se le debe haber ocurrido que yo pudiera tener mis propias aspiraciones, y si las tenía, ni yo misma lo sabía. Nunca supe cómo era para él la atmósfera de su propia casa. Si vio algo en mi cara, nunca me lo dijo. Lo cierto es que me trajo a casa de un hombre que conocía por sus negocios y me dejó al cuidado de ese hombre y de su esposa. Yo era una huésped, pero pagué mi estancia. A cambio de mi cuarto y mi comida hacía algunos quehaceres. No me opuse, no me podía oponer, no quería oponerme; no sabía entonces cómo oponerme abiertamente. Conocí a Monsieur y a Madame a mediodía, un mediodía caluroso; primero la conocí a ella, sola; él estaba solo en otro cuarto, en otra parte de la casa, en un cuarto donde guardaba su dinero, que le gustaba contar una y otra vez; no era todo el dinero que tenía.

Cuando conocí a Madame Labatte, ella estaba a la entrada de su linda casa, con su lindo patio lleno de flores y pilas de piedras bien acomodadas; a su izquierda y a su derecha había dos grandes matas de plumbago con capullos azules que flotaban quietos en el aire caliente. Traía un vestido blanco de tela gruesa bordado de flores y hojas; lo noté porque la gente de Mahaut sólo hubiera usado ese vestido en domingo para ir a la iglesia. Su vestido no estaba muy usado y estaba limpio; no era un corte elegante; estaba flojo y le quedaba mal, como si su cuerpo ya no le interesara. Mi padre habló con ella, ella habló con mi padre, ella habló conmigo, me miró, la miré, pero no era para medimos. No supe qué encontró en mis ojos, pero ahora puedo decir que tuve un sentimiento instintivo de simpatía por ella; no supe por qué simpatía, por qué no lo contrario, pero de todos modos, fue simpatía lo que sentí. Puede haber sido porque se veía como si acabara de conseguir algo que había deseado durante mucho tiempo.

Había deseado intensamente casarse con Monsieur Labatte -eso me lo dijo la mujer que venía todos los días a lavar su ropa. Me he dado cuenta de que desear desesperadamente casarse con un hombre no es un error que cometan las mujeres; es sólo que, bueno, ¿qué otra cosa les queda? Nunca me dijeron por qué quería casarse con él, pero me lo

imaginé: él tenía un cuerpo fuerte, a ella le atraía su fuerte cuerpo, sus fuertes manos, su fuerte boca; era una gran boca ancha y debe haber cubierto la de ella cuando la besaba; devoraba la mía cuando me besaba a mí. Ella no era una mujer frágil cuando se conocieron; se volvió frágil después. El se la acabó. Cuando se conocieron, él no se iba a casar con ella, no se iba a casar con ninguna mujer. Podían darle hijos, y si esos hijos eran varones, llevarían su nombre, pero nunca se casaba con las madres. Madame Labatte encontró una manera; le dio una comida que había cocido en una salsa preparada con su propia sangre menstrual, y eso lo unió a ella y se casaron. Después, ese hechizo se gastó y dejó de funcionar. El se volvió contra ella -sin enojo, porque nunca se dio cuenta de la trampa que le había tendido; él se volvió contra ella con la fuerza del arma que llevaba entre las piernas, y se la acabó.

El cabello de ella era gris, y no por la edad; como muchas otras cosas en ella, sólo había perdido su vitalidad, yacía en su cabeza sin vida; sus manos colgaban a los lados de su cuerpo, apagados; había sido hermosa en su juventud, como toda la gente; pero cuando yo la conocí, se veía en su cara a la persona derrotada en que se había convertido. La derrota no es hermosa; no es fea, pero tampoco es hermosa. Yo era joven entonces, no sabía; cuando la vi sentí simpatía; sentí también repulsión. Sentí: esto nunca debe pasarme a mí. O sea que no permitiría ni que el paso del tiempo ni que el peso total del deseo hicieran presa de mí. Era tan joven, y tenía convicciones poderosas; me sentí fuerte y sentí que siempre lo sería. Y en ese momento mi ropa se volvió demasiado chica, mis senos crecieron y se apretaron contra mi blusa; mi cabello tocó mis hombros en una caricia que me causó un escalofrío interno; mis piernas estaban calientes y entre ellas había una humedad, una dulce viscosidad olorosa. Estaba viva, y podía decir que enfrente de mí había una mujer que no lo estaba; era casi como si sintiera un peligro y me defendiera rápidamente; al ver aquello en lo que me podía convertir, me volví lo contrario demasiado pronto.

Le gusté a esta mujer, y a su esposo. A ella le complacía que yo le gustara a él. Para cuando salió del cuarto donde guardaba su dinero para saludarnos a mi padre y a mí, Madame Labatte ya me había dicho que me sintiera como en mi casa, que la viera a ella como si fuera mi propia madre, que me sintiera a salvo cuando ella estuviera cerca. Ella no podía saber lo que semejantes palabras significaban

para mí -lo que significa para mí oír a una mujer diciéndome eso. Por supuesto, no le creí, no me engañé, pero sabía que ella me estaba diciendo esas cosas en serio. Me cayó muy bien, ella, la sombra de lo que había sido antes, tan agradecida de mi presencia porque ahora ya no estaba sola con su premio y su derrota. El no me habló directamente; no le importaba si era yo o cualquier otra la persona para quien mi padre pedía acomodo. A él le gustaba la avaricia callada de mi padre, y a mi padre le gustaba la simple avaricia de él. Eran un equipo; uno podía traicionar al otro en cualquier momento; tal vez en ese momento ya lo habían hecho. Monsieur Labatte ya era rico, más rico que mi padre. Tenía mejores conexiones; no había perdido el tiempo casándose por amor, casándose con una pobre mujer caribe -mi madre.

Ocupé un cuarto pegado a la cocina; la cocina tampoco era parte de la casa. Estaba disfrutando la ausencia de la constante amenaza de la esposa de mi padre, aunque también podía sentir la carga de mi vida -el corto pasado, el futuro desconocido. Podía escribirle cartas a mi padre, cartas que contenían verdades simples: los días parecen más cortos en Roseau que en Mahaut; las noches parecen más calurosas en Rouseau que en Mahaut; Madame Labatte es **muy** amable conmigo; me guarda, como algo especial para mí, la parte que más me gusta del pescado; la parte que más me gusta del pescado es la cabeza -y eso era algo que mi padre tal vez no sabía, y yo no tenía motivos para creer que deseara saberlo. Le enviaba esas cartas sin miedo. Nunca recibí una respuesta directa, sino que me contestaba en las cartas que le escribía a Monsieur Labatte; siempre esperaba que la estuviera pasando bien y me deseaba lo mejor.

Mi amistad -porque eso era- con Madame Labatte seguía creciendo. Ella siempre estaba sola, y eso ocurría incluso cuando estaba con otros; estaba tan sola. Ella creía que me obligaba a sentarme con ella cuando cosía, o cuando nada más miraba sin ver la escena que tenía enfrente sentada en la terraza, pero yo quería sentarme con ella. Estaba disfrutando esta nueva experiencia, la experiencia de un silencio lleno de expectación y deseo; ella quería algo de mí, me daba cuenta, y añoraba el momento en que sabría precisamente qué era lo que ella quería de mí. Nunca cruzó por mi mente que me negaría a complacerla.

Un día, sin ningún preparativo, me dio un hermoso vestido que ya no usaba. Todavía le quedaba, pero ya no se lo ponía. Mientras

me lo probaba, pude oír sus pensamientos: pensaba en su juventud, en la persona que había sido cuando estrenó el vestido que me estaba regalando, y en las cosas que había querido, las cosas que no había recibido, la vacuidad de toda su vida. Todo esto llenó el aire en el cuarto donde estábamos; la cama donde dormía con su marido estaba en ese cuarto. Mis propios pensamientos contestaron a los suyos: "Fuiste muy tonta, no debiste dejar que esas cosas te ocurrieran, es tu culpa". No tuve piedad al juzgarla, y mis pensamientos impíos, mi condena, llenaron mi cabeza con un lento rugido mientras pensaba que me iba a desmayar, y entonces me vino este pensamiento lentamente y me salvó de desmayarme: ella quiere regalarme con su marido; ella quiere entregarme a él; espera que no me importe.

Estaba en este cuarto ante ella -quitándome la ropa, poniéndomela, desnuda, vestida- pero la vulnerabilidad que sentí no estaba en el cuerpo, sino en el espíritu, en el alma. La experiencia de comunicarme tan íntimamente con alguien, de hablar en silencio con alguien y sin embargo ser entendida más claramente que si hubiera gritado muy fuerte, nunca volví a tenerla con nadie en mi vida. Acepté el vestido. No lo usé; nunca lo usaría; sólo lo acepté y lo tuve un tiempo.

Lo inevitable no es menos traumático porque sea inevitable. Estaba sentada, al atardecer, en ese espacio sombreado detrás de la casa donde había unas flores, pero que no me atrevo a llamar jardín, porque no estaba muy cuidado; el sol todavía no se acababa de meter, era ese momento en que las criaturas del día ya están calladas, pero las criaturas de la noche todavía no encuentran su voz. Era esa hora del día en que todas las cosas que has perdido pesan en tu mente: tu madre, si la has perdido; tu hogar, si lo has perdido; las voces de la gente que te podría haber amado, pero no lo hizo; los lugares en que te ocurrió algo bueno, algo que no puedes olvidar. Ya no usaba ropa interior -me incomodaba- y mientras estaba sentada ahí toqué varias partes de mi cuerpo, a veces sin pensar en ello, a veces con un propósito. Estaba recorriendo con los dedos de mi mano izquierda el pequeño parche tupido de vello entre mis piernas, y estaba pensando en mi vida como la había vivido, quince años ya, y vi que Monsieur Labatte estaba parado no muy lejos, mirándome. No se quitó avergonzado, y yo tampoco huí avergonzada. Sostuvimos las mutuas miradas. Quité los dedos de entre mis

piernas y me los llevé a la cara; quería olerme. Era al final del día y mi olor era muy poderoso. Esa escena de mí poniendo las manos entre mis piernas y luego disfrutando mi olor, y Monsieur Labatte mirándome, duró hasta la siempre súbita llegada de la oscuridad, y entonces, cuando se me acercó y me dijo que me quitara la ropa, dije, bien segura de mí misma, sabiendo lo que quería, que estaba demasiado oscuro y yo no iba a poder ver.

Me llevó al cuarto donde contaba su dinero, ese dinero que era sólo una parte del dinero que él tenía. Era un cuarto oscuro, por lo que siempre tenía una lamparita encendida. Me quité la ropa, y él también se la quitó. Era el primer hombre que veía desnudo, y me sorprendió: no es el cuerpo de un hombre lo que lo vuelve deseable; lo estremecedor es lo que su cuerpo podría hacerte sentir si te tocara, anticipando lo que su cuerpo te hará sentir. Y entonces la realidad es mejor que la anticipación, y el mundo se colma con una corriente de puro placer que lo recorre. Pero la primera vez que lo vi, cuando vi sus manos colgando a los lados de su cuerpo -sin acariciar todavía mi pelo, sin estar todavía adentro de mí, sin llevarse todavía los pequeños brotes que eran mis pechos hacia la boca, sin abrir aún mi boca para meter su lengua todavía más profundamente- cuando vi los flojos pliegues de carne en su panza, cuando vi la carne endureciéndose entre sus piernas, me sorprendió lo poco hermoso que era por sí mismo, parado ahí, y fue la anticipación lo que me mantuvo quieta. Y su fuerza adentro de mí, inevitable como era, otra vez llegó como una sorpresa, una aguda línea de dolor que me invadió con la amplitud de una ola, y luego otra ola; y en respuesta a cada una de ellas emití un grito que era el mismo grito, un grito de tristeza -porque sin darle a esto más importancia de la que tiene, yo había dejado de ser la persona que había sido hasta entonces.

No era un hombre amoroso, y yo no necesitaba que lo fuera. Cuando estaba conmigo y yo con él se tendía sobre mí, respirando con indiferencia; su mente estaba en otras cosas. Yo podía ver que en un pequeño estante detrás de él había acomodado pilas de monedas con las caras volteadas para arriba; todas tenían la cara de un rey.

En el cuarto donde yo dormía, el cuarto con piso de tierra, vertí agua en una pequeña palangana de estaño y me lavé la delgada capa de sangre que se había secado entre mis piernas. Sabía por qué estaba ahí; sabía exactamente lo que me había ocurrido. Quería ver

cómo lucía yo, pero no pude, no tenía ningún espejo. Me toqué y mi piel se sentía suave, como si la acabaran de lustrar con aceite. Me dolía entre las piernas, me dolían los pechos, me dolían los labios, me dolían las muñecas; cuando él no había querido que yo lo tocara, había puesto sus enormes manos sobre mis muñecas y las había detenido contra el piso; cuando mis gritos lo distrajeran, había mantenido mis labios cerrados con su propia boca; y fue a través de todas las partes de mi cuerpo que me dolían como reviví el profundo placer que acababa de experimentar. Cuando desperté a la mañana siguiente me sentía como si no hubiera dormido nada; me sentí como si sólo hubiera estado inconsciente, y retomé, donde lo había dejado, mi dolor placentero.

Había llovido durante la noche, y en la mañana no paró de llover ni paró al mediodía; la lluvia no paró durante muchos, muchos días. Cayó tanta agua con tanta fuerza y durante tanto tiempo que parecía que habría de cambiar la faz y el destino del mundo, el mundo del campamento de Roseau, y que después de parar, nada habría de ser lo mismo; ya no la misma tierra sobre la que caminábamos, y ni siquiera el resultado de una pelea. Pero no fue así; después de que dejó de llover, las aguas formaron corrientes, las corrientes fueron a los ríos, los ríos fueron a dar al mar; la tierra mantuvo su forma. Yo era la que estaba trastornada. Ya no sería la misma, incluso yo podía ver eso. Lo respetable, lo predecible -semejantes papeles ya no iban a estar en mi destino.

Durante los días y noches en que llovió, no pude mantener mi rutina: preparar mi desayuno, llevar a cabo algunos quehaceres en la casa principal, donde Madame y Monsieur vivían; caminar hacia la escuela, donde sólo estudiábamos mujeres, y evitar su pueril compañía, regresar a casa, hacer el mandado para Madame y regresar de nuevo a casa a terminar otros quehaceres, lavar mi ropa y cuidar de mí misma y de mis cosas. No podía hacer nada de eso; con la lluvia era imposible.

Estaba parada a la mitad de una versión más pequeña de la gran inundación; venía cayendo por el techo de mi pequeña casa, que era de lámina. Yo tenía las mismas sensaciones, y no estaba acostumbrada a ellas aún, pero la lluvia me era familiar. Un golpe en la puerta, una orden; la puerta se abría. Ella venía a rescatarme; ella sabía lo que debía estar yo sufriendo en la humedad; había estado

en la cocina y desde ahí pudo oír mi sufrimiento, mi sufrimiento causado por esa inundación inesperada, este desmedido aguacero; estar sola hubiera sido la causa de mucho sufrimiento para mí. Pero no había emitido ni una sola queja, sólo los suaves suspiros de la satisfacción recordada. Me llevó a la casa y me preparó un café. Estaba cargado y caliente, con leche fresca que había traído esa mañana de unas vacas que él tenía no muy lejos de la casa. El no estaba en la casa en ese momento; había venido y se había vuelto a ir. Yo pasaba los días con ella; pasaba las noches con él.

No habíamos llegado a un acuerdo de palabra, no podía ser con palabras. Ese día, ella me enseñó a preparar una taza de café para él; le gustaba beber café con un sabor tan fuerte que ocultaba cualquier otra cosa que alguien le quisiera poner. Me dijo: "el sabor es tan fuerte que le puedes poner cualquier cosa y él no se va a dar cuenta". Cuando estábamos solas hablábamos en francés patuá, el lenguaje de los cautivos, los ilegítimos; nunca hablábamos de lo que estábamos haciendo y nunca hablábamos mucho rato; hablábamos de las cosas que teníamos enfrente y luego nos callábamos. Un silencio precedió las instrucciones para hacer el café, y un silencio las siguió. No le dije que yo no quería hacerle café a él, que nunca le prepararía un café, que no necesitaba saber cómo preparar café para ese hombre, ¡que ningún hombre bebería un café preparado por mis manos en esa forma! No dije eso. Me lavó el pelo y lo enjuagó con un té de ortiga que había preparado, me lo peinó amorosamente, admirando su vitalidad (pues mi cabello parecía entonces un nido de serpientes, todas a punto de morder), me puso en la cabeza aceite de ricino, lo alisó en dos trenzas de la manera en que yo lo usaba; me bañó y me dio otro vestido que había usado cuando era joven. El vestido me quedó perfecto, y me sentí muy incómoda en él; no podía esperar para quitármelo y ponerme mi ropa.

Nos sentamos en dos sillas, sin mirarnos, hablando sin palabras, intercambiando pensamientos. Me contó de su vida, de la primera vez que fue a nadar; era domingo, había estado en la iglesia, se fue a nadar y casi se ahoga, y nunca lo volvió a hacer; hasta ese día, muchos años después (eso había ocurrido cuando era una niña) nunca se había vuelto a meter al mar, sólo lo mira; y cuando le pregunto en silencio si cuando mira el mar, después de eso, lamenta no ser parte de su inmensidad, no me contesta, no me puede contestar. Su vida

ha sido abrumada con demasiada tristeza; el día que conoció a Monsieur Labatte - entonces, lo llamó Monsieur Labatte; después le decía Monsieur Labatte; ahora le dice "él"- quería que él la poseyera. No puede recordar el color de ese día; él no reparó en ella ni deseó poseerla; sus brazos eran poderosos; sus labios eran poderosos; caminaba con un propósito, incluso cuando no iba a ninguna parte. Lo ató a ella con un hechizo; quería volverse parte de él. Sólo quería tenerlo, pero él no sería poseído, no sería contenido, y querer lo que nunca habrás de tener, saber demasiado tarde que nunca lo tendrás es el comienzo de una vida abrumada por la tristeza. Ella quería tener un hijo, pero su útero era como un tamiz -no contendría un hijo entonces, y no contenía nada ahora; yacía marchito en su interior, y tal vez su cara era un reflejo de él, marchita, seca, como una fruta que hubiese perdido todo su jugo.

¿Yo valoraba mi juventud? ¿Atesoraba la novedad que era yo, sentada en una silla junto a ella? No, ¿cómo hubiera podido? En mi columna de pérdidas todavía no había entrado la juventud; en mi columna de pérdidas estaba mi madre. El amor no estaba aún en mi columna de pérdidas; todavía no había sido amada, y no podía saber si la manera en que ella había peinado mi cabello era una expresión del amor. No podía saber si la manera en que me había bañado suavemente -pasando el pedacito de tela sobre mis pechos, por adelante y por atrás entre mis piernas, abajo de mis muslos, atrás de mis pantorrillas- era amor; no podía saber si quererme seca cuando estaba mojada, si quererme alimentada cuando estaba hambrienta, si eso era amor. No había tenido amor todavía, no estaba en mi columna de ganancias, así que no podía estar en mi columna de pérdidas.

La lluvia caía, y no la escuchamos; sólo oiríamos su ausencia. Mis días estaban llenos de silencio, aunque repletos de palabras; mis noches estaban llenas de suspiros, suaves y fuertes de agonía y placer. Decía su nombre en voz alta, Jack, a veces como un epíteto, a veces como una plegaria. Nunca estuvimos juntos los tres, ella lo veía en un cuarto y yo lo veía en otro. Nunca me habló. El se comportaba de una manera que manejaba bien, y yo actuaba conforme a un sentimiento que tenía, actuaba por instinto, y el sentimiento que tenía, el instinto, era nuevo para mí. Ella nos oía, aunque nunca me lo dejó saber; ella podía oírnos.

Ella había querido un niño, podía oír que lo decía. Yo no era un niño, ya no podía ser un niño; ella pudo oír que lo dije. Pero de

todas formas ella quería algo de mí: quería un niño que yo habría de tener, y yo no la dejé saber que oí eso, ni que esa visión que ella tenía -de un niño en mi interior y tarde o temprano en sus brazos- quedaría en el aire, como un fantasma, sólo para mis ojos, pero nunca lo vería. Iría y volvería, este fantasma de mí con un niño en mi interior; le volvería la espalda, mis oídos se volverían sordos a él, mi corazón no latiría. Ella hilvanaba para mí un vestido con viejas telas que había guardado de diferentes momentos de su vida -los tiempos felices, los tiempos tristes; era un sudario hecho de recuerdos, y cómo deseaba ella enlazarme en sus costuras, todas sus costuras, cuánto se esforzaba! Pero con cada tintineo del dedal sobre la aguja, yo me escapaba. Su frustración y mi satisfacción eran palpables.

No era posible que me convirtiera en una estudiante otra vez, pero no me había dado cuenta de eso. El ambiente seguía igual; el clima cambiaba. Monsieur salió y durante un tiempo no vi el cuarto donde contaba el dinero. En cada esquina y a lo largo de las orillas del piso tenía pequeños montoncitos de cuartos; en una mesa había apilado otras monedas -chelines y florines-; tenía tantas monedas por toda la habitación, en pilas, que cuando la lámpara estaba prendida, hacían la habitación más brillante. A veces, en la noche, yo despertaba y lo encontraba contando su dinero, una y otra vez, como si no supiera cuánto tenía en realidad, o como si al contarlo se volviera diferente. Nunca me ofreció de su dinero; sabía que yo no lo quería. El cuarto no era frío ni cálido ni sofocante, pero tampoco era ideal. Yo no quería pasar el resto de mi vida con la persona que tenía semejante cuarto.

El no estaba en casa, y mis noches entonces las pasaba en mi cuarto afuera de la cocina. Mis días los pasaba en la escuela. Mi vida en la escuela nunca me ofreció la satisfacción que me habían dicho; sólo me llenaba de preguntas que no eran contestadas; sólo me llenaban de ira. No me gustaba a lo que eso conduciría: una humillación tan permanente que reemplazaría tu propia piel. Y tu propio nombre, cualquiera que éste fuera, no era la puerta hacia quien realmente eras, y no podías ni siquiera decirte: "Me llamo Xuela Claudette Desvarieus". Este era el nombre de mi madre, y no sé si era su verdadero nombre, porque en una vida como la suya o como la mía ¿qué es un verdadero nombre? Mi propio nombre es su nombre:

Xuela Claudette, pero en el lugar de Desvarieus está Richardson, que es el nombre de mi padre; pero ¿quién es esta gente Claudette, Desvarieus o Richardson? Descubrirlo sólo te puede llenar de desesperación. Porque el nombre de cualquier persona es al mismo tiempo su historia recapitulada y abreviada, y al declararlo una persona se sitúa arriba o abajo, y la persona que lo oye sitúa a quien lo declara arriba o abajo. A mi madre la dejó una mujer que se cree era su propia madre a las puertas de un convento cuando tenía tal vez un día de nacida; estaba envuelta en unos harapos limpios, y el nombre Xuela estaba escrito en esos pedazos de tela; estaba escrito con tinta, de color índigo, con un pigmento extraído de una planta. No la encontraron porque hubiera estado llorando (incluso al día de nacida no llamaba la atención sobre sí); la encontró una monja que estaba destinada a hacer estragos en las vidas de un pueblo en desaparición y que se llamaba Claudette Desvarieus. Le puso su nombre a mi madre y no sé cómo sobrevivió el nombre de Xuela, pero mi padre me bautizó así cuando ella murió, cuando yo acababa de nacer. El la amaba, y no sé cuánto de la persona que él era entonces, sentimental y tierna, sobrevivió en él.

Este momento de mi vida era un idilio de paz y satisfacción, de inocente feminidad juvenil durante el día, que transcurría en un gran salón con otras jóvenes, todas ellas producto de uniones legítimas, pues esa escuela, fundada por misioneros discípulos de John Wesley, no admitía niñas nacidas fuera del matrimonio. Esto, y ninguna otra cosa, era la causa de que la escuela fuera pequeña, pues la mayor parte de los niños de Roseau habían nacido fuera del matrimonio. Así es que pasaba el día rodeada por el sordo murmullo de las voces de estas niñas que tarde o temprano estarían decepcionadas, tarde o temprano amargadas; rodeada por estas niñas cuyos cuerpos -una fuente de ansiedad y vergüenza- estaban cubiertos por un saco de algodón basto: un uniforme. Y mis noches de silencios y suspiros, todas un idilio; podía ver su final, y no sabía cómo o cuándo vendría ese final, pero de todos modos lo podía ver. Lo cual, sin embargo, no me producía temor.

Me enfermé. Estaba embarazada, pero no lo sabía; no tenía experiencia de los síntomas de tal estado y por eso no supe de inmediato lo que me estaba pasando. Fue Madame Labatte quien me dijo cuál era el problema. Acababa de vomitar todo lo que había comido

y me sentía como si me fuera a morir, así que la llamé por su nombre. "¡Lisa!", dije, no "Madame Labatte"; me había acostado en su cama; estaba echada junto a mí, abrazándome. Ino que yo estaba embarazada. Lo dijo en inglés. En su voz había ternura y simpatía, y lo dijo una y otra vez: que yo estaba embarazada, y sonaba feliz alisando mi cabello, acariciando mi mejilla con el dorso de su mano, como si yo también fuera un bebé, rozado y sin manera de decirlo, y el contacto de su mano fuera un calmante para mí.

Sus palabras, sin embargo, me llenaron de terror. Al principio no le creí, y luego le creí todo, y al instante sentí que si había un niño en mí lo expulsaría con la pura fuerza de mi voluntad. Deseé que estuviera afuera de mí, día tras día lo deseé, pero no se salió. De la profundidad de sus axilas me llegaba un perfume hecho con el jugo de una flor, y ese aroma llenaba el cuarto, llenaba mi nariz, bajaba hasta mi estómago y salía por mi boca en olas de un vómito cuyo sabor me sofocaba lentamente. Creía entonces que iba a morir, y tal vez porque ya no tenía futuro, empecé a desear uno intensamente. Pero qué sería ese futuro para mí entonces, no lo sabía; porque estaba en un hoyo negro, y la alternativa era otro hoyo negro, y este otro hoyo negro era uno que yo no conocía. Opté por el que no conocía.

Un día estaba sola, todavía acostada en la cama de Lisa, y ella me había dejado sola. Me levanté y caminé hacia la habitación donde Monsieur Labatte contaba su dinero, agarré una bolsita azafrán que sólo tenía chelines y tomé un puñado de esas monedas. Fui a la casa de una mujer que ya murió, y cuando me abrió la puerta puse mi puñado de chelines en sus manos y la miré a la cara. No dije ni una palabra. No sabía cuál era su verdadero nombre; le decían SangeSange, pero ése no era su verdadero nombre. Me dio a beber una taza llena de un espeso jarabe negro y me llevó a un pequeño hoyo en el piso de tierra, donde me pude acostar. Estuve ahí durante cuatro días, mi cuerpo era un volcán de dolor, y no pasaba nada, y entonces, durante los cuatro días siguientes, brotó sangre de entre mis piernas lenta y constantemente como de un manantial eterno. Y luego paró. El dolor fue como nunca me lo hubiera imaginado antes; como si fuera la propia definición del dolor, y todos los otros dolores se hubieran convertido tan solo en una referencia de él, una imitación de él, una aspiración a él. Me volví otra persona entonces. Supe

cosas que no sabía antes, supe cosas que sólo puedes saber si has pasado por lo que yo acababa de pasar. Había tomado mi vida en mis propias manos.

Traducción: **Carlos Amador y Hortensia Moreno**